

## Antes muerta que sencilla

Carol París

Publicado en *Quimera*, nº280

---

*La lámpara*, Clarice Lispector

Trad. Elena Losada, Siruela, Madrid, 2006, 267 págs.

---

La segunda novela de Clarice Lispector (1920-1977) trasluce algunos de los motivos que guiarán el mundo narrativo de la autora –siempre deudor del estilo de Virginia Woolf- y que reencontraremos en obras como *Silencio o Felicidad Clandestina. La lámpara* (1946) narra inicialmente la historia de dos hermanos, Virginia y Daniel, y su empalagosa infancia de pan y mantequilla en la Granja Quieta, con una tópica trama que – aunque apunta a una posible relación incestuosa entre los dos personajes- se abandona rápidamente para focalizarse en la figura de Virginia ya como adulta en la ciudad de Brejo Alto.

Con la voluntad de llegar a la esencia de un ‘yo’ femenino, Lispector se sirve de la noción de *epimēlesthai*, del "ocuparse de sí mismo", pero en su significado desplazado -aquél que se refiere al marco en el que ubicar la propia identidad, como bien apuntaba Foucault en *Tecnologías del yo-*, presentando en todas las páginas la construcción reflexiva "sí misma" que se instaura como el procedimiento sinecdótico que articula toda la novela y a partir del cual la autora intenta performar una identidad fluctuante, variable en función del contexto oracional; un movimiento metafórico que, sin embargo, se ve frustrado, ya que por su excesiva reiteración el concepto acaba estabilizándose semánticamente. Asimismo, y partiendo de la traducción que ofrece Siruela, la identidad de Virginia se enmarca en una sintaxis sobrecargada de términos como "ternura", "delicadeza" y "corazón" y que confía en el acopio de adverbios acabados en *-mente* como recurso para exteriorizar las impresiones del personaje y mostrar cómo el entorno penetra en ella y viceversa. Porque la realidad no interesa en sí misma, sino sólo como símbolo de un cuerpo en devenir en el que perdura la formalista dicotomía entre fondo y forma: «Ningún pensamiento era extraordinario, sólo las palabras lo serían. (...) su meditación era un modo de vivir. Surgía irregular de sí misma, pero al mismo tiempo en ella tintineaba alguna cualidad precisa y delicada» (p.43).

Retomando el mito romántico de la huida del mundo y del recogimiento en uno mismo, de la novela emerge un tono *new age* como metabolismo para regular el camino psíquico del personaje, vehiculado por un narrador omnisciente que opera bajo el artificio de la sinceridad. Siguiendo a Abrams en *El espejo y la lámpara* (1953), entendemos que la autora también pretende iluminar una realidad oculta, arrojar, con su monótona y persistente voz propia, una luz distorsionada que clarifique la indescifrable naturaleza de Virginia, si bien con este acercamiento tampoco llegaremos a tener conocimiento cumplido de la totalidad de su ser; porque el texto insiste en la fórmula ‘soy mujer = a estoy sola y tengo un secreto’, orbita alrededor de un «misterio femenino» (p.91) que nunca se nos acaba de desvelar. Cansada y distraída, pálida y etérea, Virginia también es comparada a lo largo de la novela con una flor, en un recorrido perfumativo en el que brota, además, tanto la manida imagen de la mujer ante la ventana (p. 61, 134, 163, 182) como el desierto vital o *ennui* propio de los personajes flaubertianos. Las divagaciones desorientadas llevarán a este *flat character* –justo en el

momento en que podría conseguir una vida plena y sencilla- hacia un final tan trágico como predecible.

Para el lector actual, la historia de esta treintañera narcisista bien podría encajar en la categoría genérica de *chick-lit* o en lo que denominaríamos literatura mitocondrial; aquella que sólo se transmite de mujer a mujer. A partir de expresiones desesperadas y abúlicas, ahondando en un desbarajuste de 'emociones universales' que caen en el automatismo, Lispector parece representar el conflictivo 'deber ser mujer' mediante estrategias discursivas propias de la lógica nocturna de Derrida ajustadas a un léxico danielsteeliano. Con todo, el fetichismo que suscita la retórica de Clarice Lispector asegura su posición en el canon, y *La lámpara* constituye una aportación más a éste; sin duda, será bien recibida por aquellas escuelas que, como el posfeminismo, sitúan en la cúspide de su valoración esta narrativa ensimismada.